

— 268 —

CAPITULO V.

CONTINÚAN LOS PADRES DE LA IGLESIA GRIEGA.—*San Juan Crisóstomo.*
—San Efrén, San Epifanio, San Cirilo de Alejandría, San Eusebio,
San Teodoro, San Nil y San Basilio de Seleucia.

San Juan Crisóstomo.

La gran dificultad que á primera vista se nos presenta al escribir el nombre de *Juan Crisóstomo* en nuestro libro, es la de tener que ceñirnos á muy estrechos límites para juzgar su elocuencia; la de vernos precisados á delinear en unas cuantas páginas el retrato de una de esas figuras gigantescas que dan nombre á una época, dejando en pos de sí una huella tan luminosa, que al contemplarla se ofusca la inteligencia y se siente dominado el corazón.

Muchos volúmenes pudieran formarse de lo que acerca de San Juan Crisóstomo se ha escrito hasta hoy; la última palabra no se ha pronunciado aun, ni creemos que se pronunciará. No es una cualidad relevante, son todas las cualidades: no es un atributo, un don, son todos los dones y los atributos todos los que hacen del Crisóstomo el orador mas grande de la Iglesia primitiva, el intérprete mas acertado de lo que ser debiera en todos tiempos la cátedra de la verdad.

No es dable abarcar de un solo golpe de vista los numerosos trabajos de este insigne orador. La estension de sus conocimientos, la energía de su carácter, la flexibilidad de su talento, la belleza de su estilo, todo conspira en estos momentos contra nuestros propósitos de añadir algo nuevo, algo que no se haya dicho antes de ahora y sirva, no solo de mayor enseñanza para la juventud, sino de un nuevo tributo de respeto y de admiración hácia ese genio colosal que representa en toda su estension y su grandeza la Iglesia de Oriente, del mismo modo que Agustín personifica mas tarde en sus obras la de Occidente.

Cada vez que nos vemos precisados á detenernos ante uno de esos verdaderos fenómenos, prodigios de ciencia, de virtud, de palabra elocuente é inspirada, sentimos todo el peso que hemos echado sobre nuestros débiles hombros. ¡Cómo atrevernos á profanar el respeto, la veneración que han sabido inspirar! ¡Cómo hablar de ellos, cuando tantos otros se han contentado con deberles, leyendo sus obras, la felicidad de su vida! Compromisos hay que solo en ciertas épocas y determinadas circunstancias es fácil escusar; empresas que no arredran porque la inesperienza oculta sus peligros, y el buen deseo al emprenderlas domina la voluntad.

San Juan Crisóstomo nace el año 344: su familia, una de las mas ricas de Antioquia, le educa con gran esmero y tierna solicitud: siendo niño pierde á su padre, y su madre se encarga desde este momento de formar aquella alma, aquel corazón, que ya por entonces dejaba entrever los ricos tesoros de que el cielo le habia hecho depositario y guardador.

Crece el aventajado discípulo de Libanio; la cátedra es el teatro de sus primeros triunfos, y en el foro resuenan los

aplausos con que la multitud entusiasmada saluda al ya célebre orador. Juan Crisóstomo no se envanece; en el fondo de su pecho siente un vacío, en su mente una idea; desatiende las ofertas de un porvenir de vanidad satisfecha y de abundancia, y participa á su madre una, para ella penosísima resolución.

Quiere Juan Crisóstomo abandonar la ciudad, huir al retiro, donde el hombre se encuentra á todas horas, no en presencia del hombre, sino en presencia de Dios, y la virtuosa señora toma su mano, le conduce á su cámara, cámara triste y solitaria de la viudez! le sienta junto á sí en el lecho mismo en que le habia dado la vida, y llorando le dice cosas mas tristes que las lágrimas que derrama.

«Hijo mio, le dice despues de haberle encarecido lo mucho que le ha costado su educacion, el solo alivio, el único consuelo en mi soledad es verte á cada instante cerca de mí, es contemplar en tu rostro las facciones inolvidables, las facciones queridas de tu padre. Esta dicha, única que he disfrutado hace muchos años, comenzó para mí demasiado pronto, cuando aun mecia tu cuna, cuando aun no articulabas esas frases que tanto dicen al corazon de una madre.... Hoy solo tengo valor para pedirte una gracia, no me dejes viuda por segunda vez, no renueves un dolor adormecido: aguarda al menos al dia de mi partida, que no ha de tardar. Los que sois jóvenes esperais la vejez, á mi edad se espera la muerte. Cuando tú mismo hayas colocado mis huesos junto á las cenizas de tu padre, ve entonces á lejanas tierras, emprende largos viajes, cruza los mares; nadie te lo impedirá. Mas cuando yo vivo todavía, soporta mi presencia y no te impaciente el vivir conmigo: aleja sobre todo, aleja de tí la ira de Dios, haciendo desgraciada á tu madre, que en nada te ha ofendido....»

El bellissimo discurso, cuyos trozos mas espresivos y elocuentes acabamos de trascribir (1), decide á San Juan Crisóstomo á abandonar sus proyectos; se arroja anegado en lágrimas en los brazos de aquella mujer heróica, que sin contrariar la ley cristiana, nos muestra toda la sublime ternura de que es capaz el corazon de una madre, y la ofrece no separarse de ella jamás.

(1) Véase íntegro el testo latino de esta notabilísima peroracion, que San Juan Crisóstomo nos ha conservado en su libro I del Sacerdocio:

«Verum assiduæ matris illecebra obstiterunt, quo minus hanc illi gratiam redderem; imo vero, quo minus id beneficii ab eo acciperem. Enimvero ubi illa odorata est me id consilii inire, dextra apprehensum introduxit me in peculiare sibi domicilium ac me prope lectum, ubi me enixa fuerat, assidere jussit, emissis lacrymarum fontibus, ipsis lacrymis miserabiliora verba proferebat: his me gemebunda compellans: Ego, inquit, fili, virtute patris tui non multo tempore ita providente numine frui potui. Nam partus tui dolores excipiens illius obitus, te pupillum, me viduam præmature reliquit, additis viduitatis incommodis, quæ expertis solum probe nota sunt. Nullus enim sermo, illam tempestatem ac procellam exprimere possit, quam puella subit, cum nuper e domo patris emissa, ac negotiorum imperita, repente luctu intolerabili percussa, solitudinem ætate ac sexu suo majorem suscipere cogitur. Opus enim est servorum ignaviam emendare, nequitiam observare, cognatorum insidias propulsare, publicanorum molestias, et in vectigalibus exigendis immanitatem fortiter ferre. Quod si is, qui mortem obit, prolem relinquat, si sit femina, magnam utique matri curam exhibet; sed tamen sumptibus et metu vacantem. At filius sexcentis quotidie timoribus replet, multisque sollicitudinibus; mitto enim pecuniarum expensam, quam multam facere cogitur mater, si liberaliter illum educare cupiat. Me tamen horum nullum ad alteras nuptias vel ad alterum in patris tui sedes inducendum sponsum permovit. Sed in procella et turbine mansi, ferreamque viduitatis fornacem non evasi: primo quidem superno fulta subsidio: deinde non modico mihi in calamitatibus solatio erat, quod vultum frequenter tuum aspicerem, ac vivam defuncti imaginem servarem, quæ illum accurate referret. Quapropter cum adhuc infans esses, necdum loqui valeres, cum maxime pueri parentes oblectare solent, magnæ mihi consolationi fuisti. Neque illud mihi vitio vertere possis, quod licet viduitatem fortiter tulerim, paternas tamen ob viduitatis incommodum tibi minuerim facultates, quod multis in orbitate infeliciter

Poco tiempo despues, sabedor de que se habia pensado en elevarle al sacerdocio, se conceptúa indigno de esta señaladísima merced y se retiró á lugar mas apartado que la casa de su madre, donde habia vivido entregado á la práctica de la virtud y al estudio.

Fué durante este retiro voluntario cuando el Crisóstomo escribió entre otros trabajos el *Diálogo sobre el sacerdocio*, obra maestra, llena de ideas oportunas, de rasgos brillantes, de pensamientos profundos y máximas que despues han servido de regla constante para el buen desempeño del ministerio sacerdotal. Cuatro años permaneció en las montañas de Antioquía San Juan Crisóstomo entregado á los ejercicios mas austeros de una vida cenobítica. Quebrantada su salud se vió precisado á dejar la gruta ignorada que habia elegido para ocultarse á las mira-

accidisse novi: nam illas tibi integras servavi, licet nihil eorum sump-
tum prætermiserim, qui ad liberalem institutionem tuam necessari
erant; idque ex facultatibus meis, exque pecuniis, quas e domo paterna
attuleram. Ne vero putes me tibi exprobrantem hæc dicere: sed pro his
omnibus unam postulo gratiam, ne me altera viduitate involvas, neu so-
pitem jam luctum denuo excites: verum mortem expectes meam; hinc
fortasse brevi emigrandum mihi erit. Nam juvenes quidem ad provec-
tam perducere senectutem sperare possunt; nos autem qui consenuimus,
nihil aliud, quam mortem præstolamur. Cum itaque me terræ tradide-
ris, patrisque ossibus admiscueris, longas suscipito peregrinationes, et
quoscumque volueris pelagus trajicito: nemo tunc prohibiturus est. Cæ-
terum donec respiramus, contubernium meum ne respuas; neu in Dei
offensionem temere incurras, dum nos, nihil tamen læsus a nobis, tot
malis involves. Etenim si conqueri potes, quod te ad mundanas curas
pertraham, ac negotiis prospicere tuis cogam, ne leges naturæ, ne edu-
cationem, ne consuetudinem neu aliud quidpiam reverearis, sed nos
tamquam insidiatores et inimicos fuge; sin vero nihil non agimus, ut
tibi otium paremus ad vitam istituendam: si minus aliud vinculum certe
hoc unum te apud nos detineat. Nam etiamsi te a sexcentis aliis amari
dicas, nullus tibi tantam libertatem procurabit, quandoquidem nemo est,
cui existimatio tua æque ac mihi, cara sit.»

das de los hombres, y volvió á su ciudad natal, donde San Melecio le ordenó de diácono el año 384, y el 386 San Flaviano le promovió al sacerdocio, encargándole el desempeño de la predicacion.

Desde este momento dá principio uno de los períodos en la vida de San Juan Crisóstomo, para nosotros de mayor interés. El santo contaba á la sazón cuarenta y dos años, y si bien atendidas las prácticas de la primitiva Iglesia, la predicacion era uno de los deberes del obispo, á la vejez solian algunos declinarle en jóvenes instruidos y virtuosos, capaces de escitar el interés de los fieles; pues sabido es que la palabra fué siempre para todos los pueblos de origen griego un gran atractivo y un poderoso talisman del culto. San Flaviano hizo esta honrosísima distincion en favor del nuevo sacerdote, y á pesar de su modestia, le confió tan difícil encargo, que Juan Crisóstomo desempeñó desde el primer día con un éxito extraordinario.

Del mismo modo que hemos visto á San Atanasio combatir el paganismo y las heregias, vemos al Crisóstomo emplear su elocuencia para vencer los vicios, para censurar las malas costumbres, para luchar, en fin, con las pasiones, que conducidas por el espíritu del mal y rodeadas de la belleza del culto gentil, conservaban toda su peligrosa influencia, todos sus atractivos y su poder, no solo entre los paganos, sino entre los fieles mismos, á quienes costaba mucho trabajo sacrificarlas por completo ante el altar, purificándolas en el sagrado fuego de la caridad. Este fué el objeto de la mayor parte de los discursos de San Juan Crisóstomo, objeto el mas grande para el orador sagrado, despues de la esposicion y la defensa de la fé, y á este fin se encaminó principalmente su predicacion en

las dos célebres ciudades de Antioquía y Constantinopla.

Por sus riquezas, por su proximidad al Asia, por sus muelles y afeminadas costumbres, por la vida voluptuosa de sus habitantes, ofrecian estas dos ciudades ancho campo al celo, á la viva imaginacion, á la ardiente caridad del Crisóstomo; pero sus esfuerzos se estrellaron mas de una vez contra el carácter mismo del pueblo á que se dirigian. Inquieto, versátil, formado para las artes, cuyo sentimiento estético llegó á poseer mejor que ningun otro ambicioso; irreflexivo, entusiasta admirador de la belleza, capaz de inflamarse por el poder de la oratoria; sensible, poseido de una imaginacion brillante, pero con todos los defectos y extravíos que esta lleva consigo, arrebatado y dejándose llevar de sus primeras impresiones, el pueblo que vivió en Antioquía y Constantinopla, conservaba su origen y su carácter como descendiente del pueblo de Solon y de Pericles; por eso las *Homilias* del Crisóstomo, escuchadas con entusiasmo por el dia, eran mil veces olvidadas por la noche en el seno de los placeres.

Dotado de una brillante y viva imaginacion, de un estilo seductor, capaz de recorrer todas las gradaciones del sentimiento; conocedor profundo de las Sagradas Escrituras, que interpreta de una manera admirable, aunque revistiéndolas de ese espíritu alegórico, tan propio del Oriente; adiestrado en las lides de la palabra; observador concienzudo de los afectos del alma, de los extravíos de la imaginacion y las tenacidades del espíritu; entusiasta de la dignidad del hombre, teólogo, moralista é intérprete fiel en sus formas de los preceptos de la Academia y del Pórtico; ora lleno de generosa indignacion para combatir y reprender los vicios; ora poseido de compasiva ternura ó alentando á los desconsolados habitan-

tes de Antioquía, que sublevados temen el furor imperial; interponiendo unas veces su influencia con el César y sus emisarios para alcanzar su perdon, y otras pidiendo clemencia al pueblo amotinado cuando iba á dar muerte al favorito que le habia tiranizado por largo tiempo, el Crisóstomo parece multiplicarse á nuestra vista. Dedicase con enérgico y persuasivo lenguaje á combatir el excesivo lujo de las mujeres, las afeminadas costumbres de los ricos y poderosos de la tierra, los desórdenes á que se abandonaban los fieles y la aficion á los espectáculos y juegos del circo, aficion que no podian desarraigar del corazon de los nuevos convertidos, ni la fé, ni los preceptos de la moral, ni la caridad, ni el ejemplo de tantos cristianos como huian de ellas, ni aun la misma voz persuasiva y elocuente del orador de que nos ocupamos; su fama era tal, que no solo los cristianos, sino los judíos y los gentiles, formaban su numeroso auditorio, auditorio que en mas de una ocasion llegó á elevarse á mas de cien mil personas (1) que, escuchando con religioso silencio y fervoroso interés la mágia arrebatadora de su palabra, apenas concluia, poseidos de entusiasmo, le victoreaban y aplaudian cual si fuera un orador profano, recordando sin duda aquellos tiempos en que todo un pueblo aclamaba los discursos que en la plaza pública pronunciaba Demóstenes, y antes que él otros oradores griegos.

Ninguno de los Santos Padres fué tan aplaudido como San Juan Crisóstomo, y ninguno como él se esforzó tanto en combatir esta costumbre, impropia de la casa del Señor, manifestando á los fieles en muchas ocasiones, que no debian aplaudir, sino aprender, que la gloria del orador no consiste en los aplausos de sus oyentes, sino en el fruto de su palabra, y

(1) Homilía LIX.

que mas grato le seria la reforma de las costumbres que el tributo engañoso de su admiracion y su entusiasmo: *Itaque si quis eos, qui sermonem utilitatem diligat auditorum.*

La escritura es el tema ordinario, único, puede decirse, de la predicacion de San Juan Crisóstomo. Obediente al precepto del soberano legislador: *Prædicate Evangelium*, es un verdadero ministro, un dispensador infatigable de la palabra divina. Por regla general, dá principio á sus discursos con un exhorto bastante extenso, en el cual se aprovecha de una circunstancia, de un incidente cualquiera siempre oportuno, tal como la solemnidad del dia ó del oficio divino, para fijar la atencion de sus oyentes: procede con calma, espone lo que vá á ser el objeto de su peroracion, se insinúa en los espíritus y penetra hasta lo mas recóndito de los corazones. Solo despues que se ha hecho dueño de su auditorio, es cuando se abandona, fulmina rayos, se desborda como un gran rio, interroga, argumenta, contradice, se interrumpe á sí mismo: vá, viene, se para repentinamente, y hace servir al mayor éxito de su palabra un acontecimiento imprevisto, un recuerdo, una inspiracion del momento, arrojando, digámoslo así, con profusion los ricos tesoros de su fecundísima y brillante imaginacion. Descripciones vivas, cuadros animados y pintorescos, movimientos llenos de verdad, de energia, de calor, y muchas veces ese entusiasmo santo que caracteriza á los Profetas de la antigua ley; hechos significativos de la historia antigua y sucesos contemporáneos; figuras atrevidas, ejemplos y comparaciones tomadas de la naturaleza, de las artes, de las ciencias, de los usos de la vida civil, mezcladas con discusiones luminosas y exhortaciones oportunísimas, todo esto se halla á cada paso en los discursos del Crisóstomo, que por otra parte sabia emplear

con igual resultado los dos grandes resortes que agitan el corazón humano, el *temor* y la *esperanza*, uniendo hábilmente la súplica y la amenaza, la severa autoridad del juez y la insinuante y dulce ternura del padre mas amante y cariñoso.

Pronunciaba sus discursos por la mañana, á veces antes del alba ó por la noche, con el fin de no distraer á los fieles de sus ocupaciones. No solo los hechos de una importancia general, como las grandes solemnidades religiosas, las persecuciones violentas, la destruccion de las estátuas, la desgracia de Eutropio, sino las circunstancias mas pequeñas, y al parecer mas indiferentes, dieron motivo á su genio inagotable para pronunciar bellísimos discursos de un mérito casi igual é imponderable.

Esta variedad, tan á propósito para impresionar vivamente á los contemporáneos del Crisóstomo, produce todavía, y producirá siempre, un efecto seguro en la cátedra del Espíritu Santo, desde la cual se habla á los grandes y á los mas pequeños, á los sábios y á los ignorantes, á los ricos y á los pobres, á los buenos y á los malvados, á los justos y á los prevaricadores. Los oradores de todas las épocas y los jóvenes, deben recordar constantemente la causa de los grandes triunfos de la palabra: la lectura de la historia es un medio seguro para habituarse á ser sobre todo *oportuno*; la oportunidad es, en efecto, la gran dificultad, el gran escollo en que vemos tropezar á los mas. Sobre este punto hablaremos con estension en la segunda parte de nuestro libro.

Un dia que el Crisóstomo quiso disculpar ante su entusiasmado auditorio esa variedad y riqueza de expresion que constituye uno de sus encantos, les decia:

«He usado de una prolijidad sin medida y acaso sin ejemplo, sin poder moderar el ardor de mi alma, cuyo impetu se redoblaba con las palabras. Pero vuestra es la culpa, pues con vuestros aplausos y aclamaciones me habeis estraviado. Así como la llama de un horno no es al principio viva y luminosa, pero en breve abriéndose paso por entre las materias que la circundan, se levanta, crece y se estiende; del mismo modo yo, aumentándose mi celo con la afluencia y multitud cada vez mayor de mis oyentes, he dejado atrás todo limite, y por el placer que mostrábais al escucharme me he abandonado á pesar mio á la riqueza del asunto hácia el cual reclamaba vuestra atención.»

«En una ciudad de lujo y extrema miseria, trabaja para los pobres, dice un escritor contemporáneo. Se presenta como el primer ciudadano: es un patriota ardiente: defiende la Iglesia y ataca el lujo de la corte. Los habitantes de Antioquía han ultrajado la estatua del emperador: se aguarda la venganza que solicita: la ciudad está desolada: muchos huyen al desierto; pero San Juan Crisóstomo consuela al pueblo y alcanza el perdón de Teodosio.» ¡Qué manera de serenar las tempestades y volver la tranquilidad á la muchedumbre contristada!

«Esta ciudad, dice el santo, está despoblada por el terror.... Nuestros ciudadanos huyen del lugar de su nacimiento, como se huye de un suplicio: se vuelven como de un abismo: se escapan como de un incendio.... se tiene como una fortuna el sobrevivir á esta catástrofe: y entretanto, ni aun puede justificarse esta retirada con la presencia del enemigo. Esta cautividad no es el resultado de un combate, puesto que sin haber visto á nuestros contrarios ya somos fugitivos ó prisioneros (1).»

(1) Sanct. Chrysost. Oper. t. II, Homilía II.

«¡Qué elocuencia para un pueblo perezoso, continúa el escritor que hemos aludido, donde produce una consternación el que se manden cerrar los baños públicos! El sacerdote tenia que contener los aplausos de la multitud, no tan escitada por la piedad, cuanto por su gusto delicado y sensible á las bellezas del estilo. Salían del templo á los espectáculos, y no creían sino que habian mudado de personajes y de escena. «Nosotros debemos salir de aquí, decía el santo, mejores, mas filósofos y corregidos en todas nuestras acciones y palabras.» Su celo santísimo se rebela contra todo escándalo: describe con un dolor piadoso la opulencia de sibaritas cristianos; sus palacios para todas las estaciones; los pórticos, las estatuas, los parques y los muros incrustados de mosaico; la profusión de sus mesas, y el lujo de sus camas de plata maciza con adornos y labores de oro.»

Rodeado el santo de cien mil personas suelta su voz á la muchedumbre, mas encantada que corregida, y presenta un cuadro espantoso de la miseria pública con tal naturalidad, que aflige. El orador empieza y acaba con una sencillez que embelena, y mueve á compasión hácia los pobres de todo el mundo.

Oigamos sus palabras:

«Hoy vengo en medio de vosotros, dice, para cumplir una obligación sagrada. Yo no soy delegado sino de los pobres de Antioquía: no vengo aquí por votos, ni por decretos populares, ni por la deliberación del Senado: aquí me trae el espectáculo de los mas crueles sufrimientos. Cuando yo atravesaba la plaza pública, he visto tantos desgraciados, unos mutilados, otros ciegos, otros cubiertos de llagas, y me parecía inhumano el no hablaros de la miseria, cuando tantos motivos y la época en que estamos lo reclaman imperiosamente. Conviene siempre recomendar la limosna.... pero sobre todo cuando el frío es tan rigoroso. En el estío, la dulzura de la estación es